

—Tanto mejor. Apriete, buen hombre. ¿Así?
 —Algo más aún.
 —Apriete con toda su alma, amigo. ¿Así?
 —¡Ay! , ¡ay! ... —chilló la culebra— que me lastimo. Si, así estaba.
 —¿Con que así, ¿eh? Pues si así estabas, sigue así. No merece otra cosa quien como tú está dispuesta a devolver mal por bien.

El hombre y la zorra se alejaron del camino dejando bajo la piedra a la culebra que, en espasmos de dolor, alzaba la cabeza y se estiraba pretendiendo herir con la ponzoña de su boca la limpidez del aire por el que se transmitía hasta donde ella se hallaba la alegría alborotadora del hombre y la zorra que reían a más no poder.

* * *

Pello, reconocidísimo por el gran servicio que la zorra le prestó, quiso pagarle el favor. La zorra al principio rehusó los ofrecimientos de Pello, pero tanto insistió éste que al fin se decidió a decir:

—Mire usted. El mejor regalo que se me puede hacer es poner a mi disposición unos pollitos vivos, cuanto más tiernecitos, mejor.

—¡Hombre! — exclamó Pello—. Precisamente tengo en mi casa una colección de ellos que da gloria verlos. Con que, vamos allá.

La zorra se relamía de gusto en el camino. Llegaron zorra y hombre a Iraegui, el caserío de Pello. Este entró en la casa diciendo a la zorra que esperase en la puerta hasta que él volviera con los polluelos.

Pello subió la escalera en busca de su mujer, y apenas dió con ella la puso en autos de cuanto había sucedido.

—Y en pago del excelente servicio que me ha prestado le he ofrecido los polluelos pequeños...

—¿Los chitos?

—Sí,

—¿Qué barbaridad, ofrecerle los chitos!

—Piensa que me ha salvado la vida.

—Sí, sí, pero...

—Y no hay más remedio que dárselos; las buenas acciones merecen recompensa.

—¡Pobres chitos! No me resigno...

—Pues no hay más remedio. Yo se los he ofrecido...

—Vaya, que no se lleva los chitos.

—Mira que se vengará.

—¡Una idea! No se lleva los chitos, y por añadidura voy a hacer que se aleje para siempre de nuestra puerta más lista que el relámpago.

—Que le debo la vida, hija.

—Tú ya has conseguido lo que querías. Ahora que se fastidie.

—No, no— exclamaba Pello, viéndose próximo a caer en el pecado de ingratitud que tan repulsivo le parecía en la culebra.— Voy a darle algunos... seis no más...

—Ni uno solo. Mira, trae ese saco. Verás tú cómo corre la zorra.

—¿Qué vas a hacer?

—Llama al perro.

—¡Tsurí! — llamó Pello dispuesto a todo en vista de la resolución inquebrantable de su mujer. Luego dió dos silbidos, y pronto se oyeron las pisadas del perro que subía las escaleras.

—Cógelo. Métele aquí...— Mantoni, la mujer de Pello, abrió el saco y Pello metió al perro en él.

—Anda, coge el saco y baja a ver a la zorra. Dile que aquí están los chitos en el saco, que meta la cabeza; verás tú cómo Tsurí le quita el apetito.

Pello, resignado y silencioso, obedeció.

—Creí que no iba usted a volver— dijo la zorra.

—Es que cuesta mucho atraparlos.

—Suéltelos, suéltelos aquí; verá usted cómo no se escapa ni uno.

—¿Soltarlos? ¡Quiá, hombre! No comerías ni uno. Mira, mete la cabeza en el saco y cógelos uno a uno.

La zorra, recelosa, rehusó el aceptar la proposición.

—Pierda cuidado— dijo —tengo mucha práctica. ¡Oh! Gran placer es este. Tener muchos polluelos que corran en todas las direcciones y perseguirlos y comerlos uno a uno...

Por fin Pello tuvo que decidirse seguro de que la zorra no metería la cabeza en el saco.

—Pues bien, vas a gozar de ese placer. Prepárate...

La zorra mira atenta la boca del saco. Pello lo abrió, y apenas Tsurí asomó el morro a la luz, la zorra emprendió una carrera veloz hacia la montaña. Tsurí siguió a la zorra: de cuándo en cuándo ésta volvía la cabeza y viendo que el perro la seguía, aceleraba en lo posible su marcha. Dispuesta a no rendirse, decidió escalar la más alta montaña; subió, subió animosa y al llegar a la cumbre volvió la vista hacia el camino recorrido. Nadie la perseguía; el perro, rendido, había cejado en su persecución.

La zorra se tendió sobre la hierba respirando anhelosa. Con aliento entrecortado, con voz a cada instante truncada, hablando por intermitencias, dió las gracias a quienes le habían protegido en su huida.

—¡Oh, ojos míos! —exclamó.— ¡Gracias, mil gracias a vosotros que habeis sabido ver a tiempo la cumbre de esta montaña inaccesible para el perro! ¡Gracias también a vosotras, piernas mías, que no sabeis rendiros a la fatiga!

—¿Y para mí? —dijo el rabo— ¿no hay agradecimiento para mí?

—¡Qué ha de haber para tí, grandulona, si apenas ha faltado nada para que por tu afán de rezagada me viera entre los dientes del perro? "

Variante del relato precedente es el del n.º IV que me contaron en Cortézubi como quedó transcrita en su lugar.

XXIX

MAKILAKIXKI

Mundûn asko bezela, etxe batên aitte iru semeikiñ bizi ementzan.

Seme zârena mofoi jûn ementzan oso urutia.

Urtea bete ondoenên, soldata ordez asto'at eman ementzioên; eta asto ofek, beâri ei'zak urêa esa'ezkeo, urêa eitte ementzôn.

Ala, bē etxea zêtofela, gau batên ostatur urutiko etxe batên geatu ementzan.

Como muchos en el mundo, en una casa vivía un padre con tres hijos.

El hijo mayor se fué criado muy lejos.

Cumplido el año, le dieron un asno como soldada; y ese asno hacía oro diciéndole al mismo haz oro.

Así, cuando volvía a su casa, una noche se quedó hospedado en una casa lejana.

Eta oiakôn ostalariri esa'ementzion: ez geo nê astôri "ei'zak urêa" esan.

Baño motille oia jüntzaneko, ostalarik eitte ementziôn astôri: ei'zak urêa. Eta astôk urêa galanki eñ ementzion.

Urdûn ostalarik asto aren tokîñ ue beze-lako besta asto'at jari ementzôn.

Urungo goizên, artu ostalarîñ astoa berea zôlakôn, eta motille oso alai bê etxea jûn ementzan.

Esa'ementziên, bâ bê aittêeri ta anaiêi nolako astoa zêkarên. Eta ala, lufên zâlduta izara aundi'at jari ementzôn, eta aren erdiñ gue asto ori, antxe urêa ein zezan.

Ei'zak urêa, esa ementzion motillek.

Baño urêik ez ementzan azaltzen an.

Ei'zak urêa, beiz ê.

Ta urêa nun eingo zôn ze, izara guztîe simaurtu ementziên.

Geo seme bigârena jûn ementzan mo'oi.

Ta urtea bete ondoenên, mai bat ema'e-mentzion bê nausik.

Jartzak bazkârie eo aparie esa'ezkeo, mai orêk bazkârie eo aparie bertan prantatze'e-metzôn.

Ala bâ, motill oi bê etxea zêto'ela, gau batên, anaie zârenâri astoa lapurtu zioên etxe artan bertan ostatuz geatu ementzan.

Ta oiakôn ostalarîri esa'ementzion: ez geo mai oni "jartzak bazkârie" esan.

Baño ue oia jûn zan urduko, ostalarik jartzak bazkârie esa'ementzion mai ori. Ta maiek bertan bazkârie prantau ementzôn.

Ta urdûn ostalarik mai ue izkutu ta ue bezelakoxe beste mai bat, aren tokîñ jari ementzôn.

Urungo goizên motill arek, artu ostalarîñ maie berea zôlakôn eta aldeñ ementzôn.

Etxea jûn zanên esa'ementziên bê aittêi ta anaiêi nolako maie zêkarên, ta ala, mai ori, danan aurên, deadar eitte ementzion: jartzak bazkârie.

Baño maiek ez ementzôn eze prantatzen.

Motill gizâjoa, ez da aritzekoa ta, oso triste geatu ementzan.

Geo anaie gaztêna jûn ementzan mo'oi.

Ta urtea bete zônên, bê nausik makilla'at ema'ementzion.

Makilla orêk ba ementzôn adur ikus-gari'at. Beân aurên makillakixki esa'ezkeo, motill oi ez beste inguruko guztik joka txikitu beârên astê ementzan.

Ala, gue motill oi ba ementzeoto'ren bâ etxea, eta gau batên beste anaiei lapurêta ein ziên etxe artan bertan ostatuz geatu ementzan.

Y al retirarse a la cama dijo al posadero: *no decir a mi asno haz oro.*

Pero en cuanto el muchacho se retiró a la cama, el posadero decía al asno: *haz oro.* Y el asno le hizo oro abundante.

Entonces el posadero en el sitio de aquel asno colocó otro asno semejante a aquél.

A la mañana siguiente, tomando el asno del posadero creyéndole suyo, ese muchacho se fué muy alegre a su casa.

Les refirió, pues, a su padre y hermanos qué clase de asno traía. Y así, colocó una ancha sábana extendida en el suelo y en el centro de ella ese nuestro asno para que allí hiciese oro.

Haz oro, le dijo el muchacho.

Pero allí no aparecía oro.

Haz oro, (le dijo) otra vez.

Y en lugar de hacer oro, llenó de estiércol toda la sábana.

Después se fué de criado el segundo hijo.

Y en cuanto cumplió el año, su amo le dió una mesa.

Si se le decía: *prepara la comida o la cena,* esa mesa preparaba allí mismo la comida o la cena.

Así, pues, cuando ese muchacho volvía a su casa, una noche se quedó hospedado en aquella misma casa donde a su hermano mayor habían robado el asno.

Y al retirarse a la cama, dijo al posadero: *No decir a esta mesa prepara la comida.*

Pero en cuanto aquél se retiró a la cama, el posadero dijo a esa mesa: *prepara la comida.* Y la mesa preparó allí mismo la comida.

Y entonces el hostelero escondió aquella mesa, y puso en su lugar otra mesa semejante a aquella.

A la mañana siguiente, tomando la mesa del hostelero creyéndola suya, se marchó.

Cuando llegó a casa, refirió a su padre y hermanos qué clase de mesa traía, y así, delante de todos gritaba a su mesa: *prepara la comida.*

Pero la mesa no preparaba nada.

El pobre muchacho, como no es de extrañar, se quedó muy triste.

Después se fué criado el hermano más joven.

Y cuando cumplió el año su amo le entregó un palo.

Ese palo poseía una propiedad maravillosa. Si se decía delante de él *makillakixki,* empezaba a golpear a todos los que hubiese alrededor, menos a ese muchacho.

Así, pues, ese nuestro muchacho volvía a su casa, y una noche se hospedó en aquella misma casa donde a los otros hermanos se les había robado.

Apalondôn, lotâ abîtu zanên, ostalariri esa'ementzion ze: geo nê makillêi ez esan "makillakixki".

—Ez, ez, eantzu'ementzion ostalarik.

Baño ue oia jûn zaneko, artu makillea eta makillakixki! deadar eñ ementzion ostalari lapurêk

Baitta makilla oi asten da baztar guztik txikitu beârên, danak joka, ostalarie eta etxeko beste guztik. ¡Arek atâ ementzôn an ixki-millea!

Urdûn ostalarie, estu ta lari, makillên jabeâna jûn da, makilla oi geatu âzin zezan eregu eñ ementzion.

Baño bestêk ezetz, eantzu'ementzion, alik eta aren anaiei lapurtutako astoa ta maie eman artên etzôla geatu âzingo makillaik.

Ta ala, ostalari pikaro arek astoa ta maie biurtu emen ziotzan.

Urdûn gue motill oi bê makill, asto ta mai, etxea jûn ementzan.

Andi aurfêa danak ondo bizi ize'e-mentzien.

Oi ala bazan sartu deilla kalabazan.

(Contado en el año 1921 por Felipe de Apalategui, del caserío Munduate, en Atáun).

XXX

ANDRE DOAKABEA — LA NUERA MALQUERIDA

Mundûn beste asko bezela etxe atên sena-femazte gazte batzûk bizi ementzien senarak amâkiñ batên.

Beñ senar oi urutiko pâje'atea denboa luzeko jûn ementzan.

Eta etxên amaiafeba eta efañe geatu ementzien.

Andi bêla efañek bi aur eñ ementzitûn: semea ta alaba.

Amaiafebak efañeri gofoto guiztoa ba ementzion eta begiz eziñ ikusi ementzôn. Ta semêri abixau ementzion ze aren anrêk txakufe ta katue eñtztitula.

Urdûn seña'ak etxeti bialdu zezala emazte oi aindu ementzion amâri.

T'ala, beingo'atên amaiafebak mo'oi bati deittu, ta efañe bê seme-alabâkin urutiko mendi atea eaman eta il zitzala aindu ementzion, eta geo efañen bi eskûk eta biotza ekai zitzala.

Ba ementziyôtzan mo'oi oi ta anragaztea bi aurfêkiñ eta txakur txiki'at ondoen.

Después de cenar, cuando iba a dormir, dijo al hostelero: *no decir a mi palo maki-llakixki.*

—No, no, le contestó el hostelero.

Pero en cuanto aquél se retiró a la cama, asiendo el palo le gritó *makillakixki* el ladrón del hostelero.

Y ese palo empieza a romper todas las cosas golpeando a todos, al hostelero y a los demás domésticos. ¡Aquél sí que armó allí baraúnda!

Entonces el hostelero, apurado, acercándose al dueño del palo, le dirigió el ruego de que hiciese parar a ese palo.

Pero el otro le contestó que no, mientras no le devolviese el asno y la mesa robados a sus hermanos, no haría parar el palo.

Y así aquél pícaro hostelero le devolvió el asno y la mesa.

Entonces ese nuestro muchacho se fué a casa con su palo, asno y mesa.

En adelante todos vivieron bien.

Si eso fué así, métase en calabaza.

Como muchos otros en el mundo, en una casa vivía un matrimonio joven con la madre del marido.

Una vez ese marido se fué para mucho tiempo a un país lejano. Y en casa se quedaron la suegra y la nuera.

De allí a poco tiempo la nuera dió a luz dos criaturas: hijo e hija.

La suegra tenía un odio feroz a la nuera y no la podía tolerar. Y avisó al hijo que su mujer había dado a luz perro y gato.

Entonces el marido mandó a la madre que expulsase de casa a esa mujer.

Y así, la suegra llamó a un criado y le mandó que llevase a la nuera con los hijos a una montaña lejana y los matase, y que luego le trajese las dos manos y el corazón de la nuera.

Ya se marchaban ese criado y la joven mujer con ambas criaturas y un perrito detrás.

Mendia itxi zienên moñoiak anagazte orí azaldu ementzion ze einkizun zeakañen. T'urdún aná gaixo arek, neañez, bea ill zezala naiz, baño seme-alabatxo ák ez zitzala ill eskatze'ementzion.

Moñoi oi efukittu ementzan; baño etxe-koandra zâñan billur izen, ta aná gastêri bi eskûk kendu eta txakur txikîri biotza ta ala emakume efukafi ue bê umêkiñ bizik uztea erabaki ementzôn. Ta baita alaxe eiñ é.

Emakumêri alporja bi lepote jâri, ta sartu an bi umêk bat aurreti ta bestea atzeti, ta ala bakafik mendiñ utzi ementzitûn.

Anagazte oi bê umêkiñ an ementzeillen gaixoa, jo batea ta jo bestea.

Bein efekatxo batea ingurau ementzan, eta bi umêk batea ur eske asi ementzitaion: ¡mama, mama!

Jûn ibai ertzea ta an zerbait makurtu ementzan ume orik auâkiñ ure itxi zezên; baño ume bik urtâ eroi ementzitaion ta bê begiñ aufên antxe itto ementzitaion.

Aná gaixoa artontor baten gañên ementzêon neañez.

Alako'atên ibaiên beste aldeko ertzeti guztizko emakume eder bat eskûn makillatxo'at zôla agertu ementzitaion.

—¿Zer dâbiltzu? galdetu ementzion:

Esa'ementzion bâ ze gertau zitzaion.

—Sartu zazu urtan eskubiko besoa, esa'ementzion emakume arek.

Sartu ementzôn, eta baita beso oi, bê esku edefâkiñ, atâ ementzôn.

—Sartu beste besoarê.

Sartu ementzôn, eta, bestea bezelaxe, bê eskûkiñ atâ ementzôn.

Ta urdûn bi umên gorputzêi eldu ta urtati agudo atâ ementzittûn, ta kampo zien urduko bizibizik agertu ementzien.

Urdûn emakuma eder arek esa'ementzion:

Ara emen makillatxo'at: artu au, ta or mendi gañea io, ta andi bêla billaukôzu toki zelai garbi 'at, ta aren erdiñ ei'zazu lufên makila onekiñ añas-to'at ta an izengôzûia zûk bear bezelako bizitokie.

Oi esan da, emakume oi, ez nun da ez an, izkutau ementzan. Ama Birjiñea ementzan ue.

Ark esan bezela jûn ementzien mendigânea, ta ango zelai baten erdiñ eiñ makillêkiñ añas-to'at eta aalako etxe txuri eder bat agertu ementzan.

Antxe bizi ementzien urte'atzûtan.

Seme-alabâk euzkie baño ederâgok azi ementzien.

Bein batên iru eiztari agertu ementzien mendi artan, ta gaueako ostaku eske etxe txuri artâ jûn gañeara.

Cuando llegaron al monte, el criado declaró a la joven mujer qué encargo traía. Y entonces aquella pobre mujer, llorando, le suplicaba que la matase a ella, pero que no matase a los hijos.

Ese criado se compadeció; pero, como temía a la vieja señora de casa, determinó arrancar ambas manos a la joven mujer y el corazón al perrito y dejar viva a aquella mujer con sus niños. Y así lo hizo.

A la mujer le colgó del cuello dos alforjas, metió allí a ambas criaturas, una delante y la otra detrás, y así las dejó solas en el monte.

La joven señora andaba allí la pobre, con sus niños, de ceca a la meca.

Una vez se acercó a un riachuelo y ambos niños, a una, empezaron a pedirle agua: ¡agua, agua!

Fuése a la orilla del río y allí se inclinó un poco a fin de que esos niños alcanzasen el agua con la boca; pero ambos niños se le cayeron al agua y se le ahogaron allí ante sus ojos.

La pobre señora sobre un peñasco estaba llorando.

En esto, se le apareció en la otra orilla del río una mujer extrañamente hermosa con una varilla en la mano.

—¿Qué haces? le preguntó.

Le refirió entonces lo que le ocurría.

—Mete en el agua el brazo derecho, le dijo aquella mujer.

Lo metió y luego lo sacó con su hermosa mano.

—Mete también el otro brazo.

Lo metió, y, como el otro, lo sacó con su mano.

Y entonces asió los cuerpos de ambos niños y los sacó presto del agua, y en cuanto se hallaron fuera aparecieron vivos.

Entonces aquella hermosa mujer le dijo:

He aquí una varilla: tócala, y subiendo ahí sobre la montaña, hallarás pronto un sitio llano, raso, y en medio de él haz una raya con esta vara y allí tendréis la habitación que necesitáis.

Y diciendo eso, esa mujer desapareció como por encanto. Ella era la Madre Virgen.

Como ella se lo dijo, subieron al monte y habiendo hecho con la vara una raya en medio de una planicie de allí, apareció una hermosa casa blanca.

Allí vivieron durante unos años.

El hijo y la hija crecieron más bellos que el sol.

Una vez aparecieron en aquella montaña tres cazadores, y además fueron a aquella casa blanca a pedir hospedaje para la noche.

Etxekoandrêk ondo artu ementzittûn.

Apalondôn eiztari oritako'atek etxe-koandrên bizitokiñ deitu ementzôn, ta baita sarturê bertan.

Urdûn etxe-koandrêk esa'ementzion: itxi zazu oroko leio oi.

Itxi ementzôn leioa; baño arek itxi urduko bea záltze ementzan. Ta artan, leioa itxi ta leioa zâldu, eiztari orék gau guztie pasau ementzôn.

Bigâñen gauên é eiztari orék ostatuz etxe artâ bildu ementzien.

Ta gau artan eiztari âtako besta'atek deitu ementzôn etxe-koandrên bizi-tokiñ. Baño ark é, lénak bezela, leioa eziñ itxi gau pasau ementzôn.

Irugâñen gauên irugâñen eiztarie jûn ementzitaion bê bizitokia etxe-koandrêi: baño etxe-koandrêk ez ementzion oni leioa ixtêko lanik eman. Urungo goizên irugâñen eiztari orí etxe-ko motilko-xko'ak, eskûtan ontzi'at zôla etoi, ta esa ementzion ze: aitta, tori ura esku-musuak garbitzeko.

Gero neskatóa etoi ementzitaion, zapi'atekiñ, esanez: aitta, tori zapia, esku-musuak legortzeko.

Eiztari oi ume ân itzekiñ oso arîttuik geatu ementzan, eta geo etxe-koandrêi ea oi zer zan galdetu ementzion.

Urdûn emakuma orék bê bizitzako gertaera danak azaldu emeziotzan.

Ta eiztarik bê emaztetzat ezautu ementzion. Ta bê etxea eaman bê aná ta umêk, ta geo amaiafeba sorgiñ ue eriko plazên erdiñ ere aiziñ ementzêon.

Oi ala bazan, sartu deilla kalabazan.

(Recogido en Atáun hacia el año 1904).

La señora los recibió bien.

Después de la cena uno de esos cazadores llamó en la habitación de la señora y se introdujo en ella.

Entonces la señora le dijo: cierra esa ventana.

Cerró la ventana; pero tan pronto como la cerraba, ella se abría. Y en eso, en cerrar la ventana y en abrirse la ventana pasó la noche ese cazador.

También en la segunda noche esos cazadores fueron a aquella casa a hospedarse.

Y en aquella noche otro de aquellos cazadores llamó en la habitación de la señora. Pero también él, como el anterior, pasó la noche cerrando la ventana.

En la tercera noche se le presentó en la habitación a la señora el tercer cazador; pero la señora no encargó a éste el trabajo de cerrar la ventana.

A la mañana siguiente el muchachito de la casa, acercándosele con una vasija en las manos, dijo a ese cazador: padre, toma el agua para lavar las manos y la cara.

Después se le acercó la niña con una toalla diciendo: padre, toma la toalla para secar las manos y la cara.

Ese cazador se quedó muy extrañado de las palabras de aquellos niños, y después preguntó a la señora a ver qué era eso.

Entonces esa mujer le declaró todos los sucesos de su vida.

Y el cazador la reconoció por su mujer. Y llevó a su casa a su mujer y a sus hijos, después hizo que a aquella suegra bruja la quemaran en medio de la plaza del pueblo.

Si eso ocurrió así, métase en la calabaza.

Variante de Echagüen

ERANA TA AMAGIARABA (= la nuera y la suegra)

Efâna ta amagiaraaba etzen konpoketan, da semia biâñan yon zan; da kriadue eukan amagiaraabak eta esan eutsan mendi batera errana eruateko.

Erranak ume bi eutsan; ta txakurtxo bat eukan eurek ta txakurêk yañait'utzen mendira.

Amagiaraabak esa'utsen kriaduri ze eruateko efânaren esku biêk eta biotza.

Kriaduak kendu eutzesan esku biêk efânari, eta lepora lotu eutzesan ume biak, da gero txakurari biotza kendu eutzan.

Gero umeak ure eskatu eutzan amari: ama, ure gure dut nik, ama.

No se avenían bien una suegra y su nuera, y el hijo (de la suegra) fuése a viajar; y la suegra tenía un criado y mandóle llevarse a un monte a la nuera.

La nuera tenía dos criaturas, y éstas tenían un perrito, y el perro les siguió al monte.

La suegra dijo al criado que le trajera las dos manos y el corazón de la nuera.

El criado cortó ambas manos a la nuera y atóle al cuello las dos criaturas, y después arrancó al perro el corazón.

Después las criaturas pidieron agua a la madre: madre, yo quiero agua, madre.

Bajatu zan efekara, sartu eban eskumako eskue efakara ta atera eban sano. Sartu eban bigafena ta atera eban sano.

Menditi aufera yoien, entzun eban sagata bat pago baten iru golpe emoteko eskuekiñ.

Aik iru golpiek emon da presentau san palazio eder bat.

Ioen ziren palaziyora. Bizi ziren palaziyon: ama alaba biyekin.

Ioen ziren egun baten iru kazadore ia ostaturik emongo zien.

Baietz esan eutsien.

Gero emon eutsien afarite.

Beste goizien, yagi zirenien, amak esan eutsen alaba bateri esan eutsala kazadore bateri: aite, eutzi ure eskuek garbitzeko, eta beste alabieri: aite, eutzi trapue eskuek sikaketako.

Gizonak esan eutzen ia zer ziyoi.

Andreak esan eutzan ze ia etzan akorda zelan yonan zan biagian. Eta erantzun eutzan ze baietz.

Da esan eutzan ze ia amak zer esan eutsen.

Ba esan eutsela efana bialdu ebela mendire kriaduaga, eta ilda bere eskuak ta biotza agindu ebela eruateko.

Baie eruan eutza bere eskuek ta txakuren biotza, erantzun eutzan andreak.

Palazioan gelditu ziran gizona ta emaztie alaba biyekin.

(Contado en 1919 por una anciana de Echagüen de Cigoitia).

XXXI

KASTILLOPRANKO

Mundün beste asko bezela, efiatên motill jokolari'at bizi ementzan.

Gau batên zittün guztik galdu ta jokuetxi atátzea zijola, eskillarák góra gizon áundi'at billau ementzón, da alkarékiñ izketan jafi ementzién.

Ni Kastillopranko nauk—esa'ementzion gizon arek—; ta biar nik bigáren botiñe oñetan sartu baño lén nê etxea jün da nik ainduko 'itzân iru gauza eitten baittuk, galdu 'ittuân ondasunek atzea eskütátuko 'ittuk.

Oi esan da, Kastillopranko, ez nun da ez an begiñ auréti izktau ementzan.

Motill ue Kastilloprankón etxea nun zeón galdezka asi ementzan; baño ez ementzion iñork gauza ofen berik ematen. Batêbatega esa'ementzion ôloko medittan zeola abere-etxe

Descendió al río, metió la mano derecha en el río y la sacó sana. Metió la segunda y la sacó sana.

Caminaba dentro del monte, oyó una voz (que decía) que diese tres golpes con la mano a una haya.

En cuanto dió aquellos tres golpes apareció un hermoso palacio.

Se fueron al palacio. Vivían en el palacio: la madre con sus dos hijas.

Un día se presentaron tres cazadores, (preguntando) a ver si les darían hospedaje.

Contestáronles que sí.

Después les dieron de cenar.

A la otra mañana, cuando se levantaron, la madre encargó a una hija dijese a un cazador: padre, toma agua para limpiar las manos, y a la otra hija: padre, toma el trapo para secar las manos.

El hombre le preguntó a ver qué decían.

La mujer le dijo a ver si no se acordaba cómo se marchó de viaje. Y le contestó que sí.

Y le preguntó a ver qué le dijo la madre.

Pues, que le dijo cómo había enviado al monte a la nuera con el criado, y que le mandó (a éste) que en matando (a la nuera) le llevase sus manos y el corazón.

Pero que le llevó sus manos y el corazón del perro, le contestó la mujer.

Se quedaron en el palacio el marido y la mujer con las dos hijas.

Como muchos otros en este mundo, en un pueblo vivía un muchacho jugador.

Una noche en que, habiendo perdido todo lo que tuvo, iba a salir de la casa de juego, tropezó con un hombre grande que subía por la escalera, y ambos se pusieron a hablar.

Yo soy Castillo Branco —le dijo aquel hombre—; y si mañana, antes que yo me calce la segunda bota, te presentes en mi casa y haces tres cosas que yo te mandaré, recobrarás los bienes que has perdido.

Dicho eso, Castillo Branco desapareció de la vista.

Aquel muchacho empezó a preguntar dónde estaba la casa de Castillo Branco; pero ninguno le daba noticias de esa casa. Alguien le dijo que en tal montaña había una casa de

'at, ta ango pixtñ batek izengo zôla bear bazan Kastilloprankón beñ.

Jün ementzan bâ etxe ortâ, ta dan-dan atea jo ementzón. Bela 'at atâ emenzitzaion.

Galdetu ementzion ea Kastilloprankón etxea nun tzeón altzêkiñ. Ezetz eantzun ementzion; baño aren qñaye legoiak jakingo zôla ainbeste.

Galdetu ementzion bâ legoiâi. Bai, eantzun ementzion, bazêkiât Kastillopranko nun bizi dan; baño bide luzea zeok, ta autza nik eamatea nai badek, idi 'at ekai bear dik bidên jateko.

Urdün motillek menditti idi'at ekai ementzón.

Zatitû zak lau puskatan idi oi —esa' ementzion legoiak—; ta jârî itzek bi nê eskuiko egôn, da besta bik ezkefêkôn, ta i eorî erdîñ.

Ta legoiân esana txintxo-txintxo eiñ ementzón motillek.

Ta danak gañên zittûla legoi oi egâka asi ementzan. Jün-da-jün, da jün-da-jün.

Alako'atên legoiak esa'ementzion motillêri: ekatzak idipuska orittako 'at.

Ema' ementzion, eta dana batên autik ezâria sartu ementzón.

Jün-da-jün, da jün-da-jün beiz ê. Gerôgo-ko'atên legoiak bigâren idipuskea eskau ementzion; baitta lëna bezela jan ê. Gero irugârena, ta atzenik laugârena.

Motill oi billur ementzan uruna bea jango ote zôn.

Goizalde ingurûn legoiak esa' ementzion:

—Ikuste' ek âko etxe ue?

—Bai.

—Ikuste'ittuk âko ate gofi âk?

—Bai.

—Antxe bizi 'ek bâ Kastillopranko.

Andi bêla Kastilloprankón etxe ingurua itxi ementzién, ta legoiak, motille an utzi-tta, bê mendia aldeñ ementzón.

Motillek atên deittu zônên, Kastillopranko bigâren botiñe oñên sartzên ai ementzan.

Garaiz etoi aiz—esa'ementzion Kastilloprankok—; ta oaiñ nik esango 'itzân iru lan eiñ bear dittuk. Ikuste' ek âko sasiz da otaz jantzi-ttako mendi ue? Ba izâzak, lâkittûzak, garie eintzak. Gari oi eldutakôn, ebai ta iôzak. Ta aren iriñekiñ eindako opille gaur goizeko amai-kâtako nê maien jarizak.

Jokalarie oso triste irten ementzan andi.

Kastilloprankok iru alaba ementzeuzken: bi zârenak deabruzkôk eta gatzêna jainkozkoa.

animales y que tal vez alguna fiera de allí tendría noticia de Castillo Branco.

Fuése, pues, a esa casa y golpeó la puerta dan-dan. Le salió un cuervo.

Le preguntó a ver si sabía dónde estaba la casa de Castillo Branco. Le contestó que no; pero que su hermano el león sabría tanto.

Le preguntó, pues, al león. Sí, le contestó, ya sé dónde vive Castillo Branco: pero el camino es largo, y si quieres que yo te lleve allí, me has de traer un buey para comerlo en el camino.

Entonces el muchacho trajo del monte un buey.

Parte en cuatro trozos ese buey —le dijo el león—; y coloca dos en mi ala derecha, y los otros dos en la de la izquierda y tú mismo en medio.

Y el muchacho cumplió puntualmente el encargo del león.

Y llevándolo todo encima, ese león empezó a volar. Andar y andar, andar y andar.

En esto, el león dijo al muchacho: dame uno de esos trozos de buey.

Se lo dió, y todo lo engullió de una vez.

Otra vez andar y andar, andar y andar.

Más tarde el león le pidió el segundo trozo, y lo comió como el anterior. Después el tercero y finalmente el cuarto.

Ese muchacho temía que después le comiese a él.

Hacia la madrugada, el león le dijo:

—¿Ves aquella casa?

—Sí.

—¿Ves aquellas puertas rojas?

—Sí.

—Pues allí vive Castillo Branco.

De allí a poco llegaron a la proximidad de la casa de Castillo Branco, y el león, dejando allí al muchacho, retornó a su montaña.

Cuando el muchacho llamó a la puerta, Castillo Branco estaba metiendo en el pie la segunda bota.

Has venido a tiempo—le dijo Castillo Branco—; y ahora has de realizar tres trabajos que yo te indicaré. ¿Ves aquella montaña vestida de malezas y argomas? Pues desmóntala, quémla, siembra trigo. Cuando ese trigo madure, siégalo y muélelo. Y presenta en mi mesa para las once de la mañana de hoy el panecillo hecho con su harina.

El jugador salió de allí muy triste.

Castillo Branco tenía tres hijas: las dos mayores (eran) endiabladas, y la más joven, divina.